



EL COMBATE INTERARMAS: LA CLAVE DE LA SUPERIORIDAD MILITAR

Carlos Javier Frías Sánchez | General de brigada de Artillería

En contra de la creencia popular, la verdadera razón de la superioridad militar de Occidente es su dominio del combate interarmas y no su, cada vez más cuestionada, superioridad tecnológica. Esta competencia se ha adquirido a un coste elevadísimo, en bajas y en derrotas, en los campos de batalla de las dos guerras mundiales.

Por el contrario, como podemos ver en los campos de batalla de Ucrania, observamos que el Ejército ruso ha perdido esta capacidad de combate interarmas, por lo que está en proceso de «reaprenderla», pagando nuevamente ese elevado coste en bajas y en derrotas. Aprendamos de ello y evitemos estos errores



Carro de combate T72-M1 Iraquí

INTRODUCCIÓN: TECNOLOGÍA Y VICTORIA

El 2 de septiembre de 1898, en las llanuras de Omdurmán (Sudán), un ejército compuesto de 8200 soldados británicos y 17 000 auxiliares egipcios se enfrentó a otro de rebeldes sudaneses, encabezado por un pastor sudanés que consiguió convencer a su pueblo de que él era el Mahdi, el «Esperado», el califa mítico que vendría a completar la obra de Mahoma. El Mahdí reunió en Omdurmán a un vasto contingente de más de 50 000 hombres, con armas que iban desde lanzas y azagayas hasta fusiles de repetición. Los británicos desplegaron en una formación defensiva que dibujaba una media luna sobre la llanura, con el río Nilo a sus espaldas. Las unidades británicas se intercalaban con las egipcias, a modo de «ballenas de corsé», para evitar que estas últimas flaqueasen ante la gran superioridad numérica de los sudaneses... Sin embargo, lord Kitchener, el jefe británico, se guardaba un as en la manga: por primera vez en África, su ejército desplegaba dieciséis ametralladoras Maxim, que disfrutarían de un campo de tiro ideal en la llanura que se abría ante ellas. El resultado del combate habla por sí mismo: los británicos tuvieron 48 muertos y 434 heridos, mientras que las bajas sudanesas fueron difíciles de calcular, pero se estimaron en 11 000 muertos, 15 000 heridos y 5000 prisioneros. La superior tecnología occidental se había impuesto decisivamente a la masa de guerreros enardecidos, pese a que estos lucharon con un valor sin límites.



Ametralladora Maxim

Desde la época de la expansión colonial, la opinión popular atribuye el éxito en combate al acceso a una tecnología mejor que la del adversario, siendo ejemplos de este fenómeno episodios como el relatado de Omdurmán. En la creencia popular, los Ejércitos del ámbito cultural occidental vencen porque disponen regularmente de esa superioridad tecnológica. Y, sin embargo, esto es cada vez menos cierto. Por ejemplo, en la guerra del Yom Kippur (1973), egipcios y sirios recibieron de la Unión Soviética una modernísima panoplia de misiles contracarro filoguiados (AT-3 Sagger) y antiaéreos (SA-2, SA-3, SA-5, SA-6, SA-7...) que infligieron fuertes pérdidas a las fuerzas israelíes, absolutamente faltas de preparación para hacer frente a estas armas modernas. De la misma forma, en 1973, el *sha* de Irán encargó la fabricación de los destructores clase Kidd, un desarrollo mejorado de los clase Spruance, en servicio en la Marina de Estados Unidos. Los norteamericanos consideraron que los Kidd eran mejores que los Spruance, pero excesivamente caros, y no pudieron adquirirlos. En la misma época, el *sha* encargó ochenta aviones F-14 Tomcat, aparato que estaba fuera del alcance de toda la OTAN, a excepción de los propios Estados Unidos. Hoy en día podemos ver como algunos países vecinos (por ejemplo, Marruecos o de Argelia) disponen de un armamento de última generación, en muchos casos tecnológicamente superior al que tenemos en nuestro Ejército o en el de la mayoría de nuestros aliados.

El mismo razonamiento que hace depender la victoria de la tecnología se ha hecho con cierta frecuencia con relación a otros conflictos donde esa supuesta superioridad tecnológica del vencedor dista mucho de ser decisiva (incluso ni siquiera existe). Es el caso, por ejemplo, de la batalla de Francia en 1940, en la que se atribuye comúnmente a la Wehrmacht alemana un armamento superior al de sus adversarios británicos y franceses, circunstancia categóricamente desmentida en cualquier estudio serio¹.

Algo parecido puede decirse de la guerra del Golfo de 1991, en la que los norteamericanos se enfrentaron a un ejército iraquí dotado del material soviético más moderno de la época,



complementado por sistemas de armas avanzados de origen europeo. En este último conflicto, la superioridad distaba mucho de ser tan grande como para explicar la contundente derrota de las tropas de Sadam Huseín.

Es decir, parece que, todavía hoy, las Fuerzas Armadas de los países occidentales siguen siendo capaces de imponerse en combate con cierta comodidad frente a adversarios dotados profusamente de sistemas de armas avanzados. ¿A qué se debe este fenómeno?

EL COMBATE INTERARMAS

En realidad, la superioridad militar occidental no se basa en la tecnología (pese a que la superioridad tecnológica resulta siempre una valiosísima ventaja militar), sino en la competencia en la ejecución del «combate interarmas».

El concepto de «combate interarmas» (*combined arms* en su denominación anglosajona) se refiere a aquel «tipo de combate en el que las distintas armas se emplean de forma coordinada con el final de maximizar la eficacia combativa y la supervivencia de cada una de ellas» o, en otra formulación, «el conjunto de técnicas y procedimientos empleados por las unidades de las diferentes armas para apoyarse mutuamente». En este tipo de combate, las fortalezas de un arma deben compensar las carencias de otras, consiguiendo un efecto sinérgico del conjunto.

La simplicidad de la definición puede resultar engañosa: la aplicación práctica de este tipo de combate resulta extremadamente compleja, y su dominio en Occidente ha sido el resultado de un largo proceso de «prueba y error» que ha costado millones de vidas.

En realidad, la sencilla definición de «combate interarmas» expuesta recoge un concepto absolutamente obvio, pero mucho menos corriente en su aplicación de lo que pudiera parecer. La necesidad de cooperación estrecha entre las armas siempre ha existido, pero es posible afirmar que, desde la Primera Guerra Mundial (PGM) al menos, la competencia en este tipo de combate es uno de los factores decisivos de la victoria. En un hipotético conflicto entre Ejércitos dotados de una tecnología similar y con una relativa igualdad

numérica, el más competente en la ejecución del combate interarmas tiene muchas posibilidades de alcanzar la victoria, incluso en situación de relativa inferioridad tecnológica, numérica o ambas. Las victorias de la Wehrmacht alemana en los primeros años de la Segunda Guerra Mundial (SGM) o incluso sus eficaces operaciones defensivas en los años finales de ese conflicto frente a un enemigo numéricamente muy superior obedecen esencialmente a su excepcional competencia en este tipo de combate. De la misma manera, las victorias israelíes sobre sus rivales árabes o la facilidad con la que los norteamericanos han derrotado a adversarios teóricamente difíciles (como el ejército iraquí de Sadam Huseín en 1991, uno de los diez más potentes del mundo en su día) están basadas igualmente en su competencia en el combate interarmas.



Unidades acorazadas alemanas en la Segunda Guerra Mundial

Esta modalidad de combate, tal y como lo conocemos hoy, nace durante la PGM, se desarrolla en sus principales aspectos teóricos durante el periodo de entreguerras y se consolida en su forma general en la SGM.

El campo de batalla, en la configuración que actualmente conocemos y estudiamos, nace en la PGM. Las trincheras, los bombardeos aéreos o artilleros, los carros de combate, las telecomunicaciones o los frentes que separaban físicamente el terreno dominado por cada contendiente son «novedades» (en su momento) que aparecen en la Gran Guerra. En realidad, un oficial napoleónico que hubiera viajado en el tiempo a los campos de batalla de 1914 no estaría familiarizado con la tecnología del armamento, pero, en cambio, no se sorprendería por las tácticas y procedimientos empleados por los ejércitos de la época; ese mismo oficial en 1918 sería incapaz de reconocer el campo de batalla y de entender la forma de combatir de esos mismos ejércitos. Igualmente, un oficial actual comprendería sin dificultades las tácticas y procedimientos de 1918, pero los de 1914 le resultarían completamente ajenos.

Otra de las principales consecuencias de la PGM fue la de poner de relieve

un hecho fundamental: la potencia de fuego (consecuencia de la Revolución Industrial) había crecido exponencialmente, mientras que la movilidad y la protección de la infantería y la caballería seguían siendo esencialmente las mismas que las que había en tiempos de Napoleón. Sin embargo, a partir de 1914, las cifras de bajas de los ejércitos contendientes demostraron que la forma de combatir vigente desde Napoleón tocaba a su fin: como ejemplo, entre agosto y diciembre de 1914, el ejército austríaco tuvo más de novecientos mil bajas, cuando sus efectivos de tiempo de paz no superaban los cuatrocientos mil; cifras similares en proporción aparecían en el ejército francés, el alemán o el ruso. La repentinamente descubierta vulnerabilidad de las armas de maniobra (infantería y caballería) al fuego de fusilería y de ametralladora (pese a la experiencia de conflictos como la guerra ruso-japonesa de 1905) y el enorme incremento de la letalidad de la artillería de campaña supusieron un cambio fundamental en el combate de alta intensidad que dura hasta hoy.

Pese a las apariencias, desde 1918 ha habido muy pocas innovaciones doctrinales «reales» de aplicación inmediata en la táctica. Puede afirmarse que el fértil periodo de desarrollo doctrinal

de los años veinte y treinta (cuyos planteamientos todavía están vigentes) no es más que la profundización de ideas que nacieron durante la Gran Guerra, y los desarrollos doctrinales posteriores han sido ulteriores refinamientos sobre las mismas ideas. Es cierto que han aparecido nuevas innovaciones tecnológicas, a las que los distintos Ejércitos se han adaptado con mayor o menor fortuna, pero, en líneas generales, nuestras ideas tácticas siguen enraizadas, en gran medida, en las líneas básicas a las que se llegó en las etapas finales de la PGM, refinadas durante el periodo de entreguerras y puestas en práctica en grado variable en la SGM y en los conflictos posteriores hasta llegar a nuestros días.

La adquisición de esta competencia en combate interarmas tuvo un precio elevadísimo, del que son mudo testimonio los camposantos militares que pueblan las inmediaciones del frente occidental de la PGM. Por citar solo algunos ejemplos, el 2 de julio de 1916, el ejército británico, que iniciaba su ofensiva en el frente del río Somme, sufrió 54 000 bajas (de ellas, 21 000 muertos), el 90 % en la primera hora de combate. Los millones de bajas de las múltiples batallas de las dos guerras mundiales son el precio que los Ejércitos que participaron en ellas



Carro de combate T-72 Iraquí



Artillería alemana de la Primera Guerra Mundial

han pagado por adquirir esta competencia.

Luego, otros (como el nuestro) han «importado» este conocimiento a través del contacto y la colaboración de los que desarrollaron este tipo de combate. En este sentido, la OTAN ha resultado crucial para normalizar la doctrina de combate de las Fuerzas Armadas de sus países miembros. Sin embargo, es cierto que el aprendizaje «indirecto» es menos eficaz y también que es necesario practicar esta capacidad frecuentemente, so pena de perderla. Cuando las unidades militares hacen ejercicios o maniobras, en muchos casos buscan mantener viva esta capacidad. Sin embargo, el combate interarmas comienza en escalones de mando relativamente elevados (en España, orgánicamente, en la brigada), lo que implica que estos ejercicios de combate interarmas sean complejos y caros, por lo que suelen ser una de las primeras «víctimas» de los recortes presupuestarios.

DOCTRINAS DE FUEGOS Y DOCTRINAS DE MANIOBRA

La PGM supone la aparición de dos tendencias doctrinales. Una de ellas comprende aquellas doctrinas que basan la maniobra en las posibilidades de su sistema de apoyo de fuegos y que se suelen denominar «doctrinas de desgaste» o «doctrinas de fuegos». En estas, la maniobra se construye alrededor

de planes de fuego muy potentes, diseñados hasta el último detalle, centralizados al máximo nivel y coordinados generalmente por procedimiento (por horario, por hitos de avance...). La doctrina aliada de la PGM es un caso paradigmático de «doctrina de fuegos».

En las «doctrinas de fuegos», la victoria se alcanza a través del desgaste de las fuerzas enemigas, sin pretender alcanzar una batalla decisiva en sí misma, sino que se busca crear un efecto acumulativo de pérdidas que lleve a la derrota al contendiente industrial y humanamente más débil. Para ejecutar este tipo de combate, no es preciso contar con personal muy preparado, pues la forma de operar de los Ejércitos es similar al de una «cadena de producción» industrial: se dividen las tareas principales en una miríada de tareas sencillas y se prepara a los soldados para que ejecuten una sola de ellas. En esta concepción, el Ejército es una gran máquina, y cada uno de sus miembros es una pieza intercambiable y reemplazable. Esto permite que la instrucción sea sencilla y rápida (el soldado solo debe cumplir una tarea muy simple y se especializa en ella), lo que hace a esta forma de combatir muy adecuada para los Ejércitos de leva obligatoria.

La «doctrina de maniobra», definida por oposición a la «doctrina de fuegos», es aquella en la que los fuegos apoyan a la maniobra en el sentido de facilitarla, pero no la condicionan. A diferencia de las «doctrinas de

fuegos», busca el colapso del dispositivo enemigo, infiltrándose profundamente en la retaguardia enemiga con el fin de cortar las líneas de comunicación logística y destruir puestos de mando, nodos de comunicaciones o cualquier otro elemento crítico para el enemigo. Implica buscar puntos débiles en el dispositivo defensivo enemigo, dar libertad para operar de forma independiente a los jefes de las unidades infiltradas y que estos sean lo suficientemente competentes como para identificar cuáles son esos puntos neurálgicos que pueden causar el colapso organizativo del enemigo.

La victoria alemana en Caporetto (1917) o la ofensiva Kaiserschlacht (1918) son ejemplos de este tipo de tácticas ya en la PGM. La mal llamada *blitzkrieg* en la SGM es otro caso, al igual que la forma de operar del Ejército israelí, y, tras inspirarse en ellas, la doctrina de la Air-Land Battle norteamericana de los años ochenta. En ellas toma un papel fundamental el concepto tradicional prusiano de *auftragstaktiks*, que la OTAN traduce hoy como *mission command* o «mando orientado a la misión».

En las «doctrinas de fuegos», la iniciativa no es un valor deseable: lo que se espera de las unidades es que ejecuten con precisión milimétrica su parte del plan. Un movimiento realizado antes o después de lo previsto puede hacer que una unidad propia avance sin apoyo de fuegos o, peor aún, que sea víctima del fuego de artillería propio.

En las «doctrinas de maniobra» ocurre lo contrario: el subordinado debe «buscar la información» y adecuar su modo de actuar a ella, siempre persiguiendo cumplir con la misión asignada por su nivel de mando superior. Esta es mucho más genérica que en el caso de las «doctrinas de fuego» y no debe condicionar la libertad del subordinado para ejecutarla.

Las «doctrinas de fuego» obligan a generar órdenes muy detalladas y voluminosas que contemplen todos los posibles desarrollos del combate. En consecuencia, requieren grandes puestos de mando y precisan mucho tiempo para alcanzar una decisión. A cambio, no precisan tener una gran calidad en las unidades subordinadas, por lo que son muy adecuadas para Ejércitos de leva. Este tipo de doctrinas favorecen a los Estados industrialmente poderosos, pues al final se basan en la aplicación de enormes masas artilleras (o aéreas), solo sostenibles gracias a un poderío industrial equivalente. Este tipo de doctrinas suponen la traducción directa del poderío productivo de la Revolución Industrial en poder militar.

Las «doctrinas de maniobra» permiten emitir órdenes muy genéricas, fijando cuál es el objetivo que espera conseguir el mando superior y confiando el modo de hacerlo a la iniciativa de los niveles subordinados. Esta simplicidad de procedimientos permite procesos de toma de decisiones muy rápidos, generar órdenes muy breves (incluso verbales) y también emplear puestos de mando muy reducidos y muy móviles. A cambio, exige una elevadísima calidad de mandos a todos los niveles. Implica la búsqueda de la batalla decisiva y la asunción de importantes riesgos. Los alemanes fueron los principales valedores de este tipo de doctrinas.

Las dos tendencias doctrinales perviven hoy, si bien la OTAN adoptó oficialmente una «doctrina de maniobra» (*manoeuvrist approach*) en la edición de 2016 del AJP-3.2. *Land Operations*.

ALGUNAS CONCLUSIONES

La pobre actuación de las tropas rusas en Ucrania es una muestra del efecto



Cementerio de la Primera Guerra Mundial en Vimy, La Targette. Francia

que produce el paso del tiempo en los ejércitos que no practican el combate interarmas. En efecto, las graves limitaciones presupuestarias del Ejército ruso, sostenidas en el tiempo, hacen que los ejercicios de combate interarmas sean poco frecuentes y se dirijan en gran medida a actuar como medios de propaganda (como en el caso de la serie Zapad). En consecuencia, en el teatro ucraniano hemos visto imágenes frecuentes de unidades rusas violando los principios básicos del combate interarmas: avance de carros contra barreras de misiles contracarro sin apoyo de infantería o de artillería, movimientos sin protección antiaérea en presencia de UAV enemigos, actuaciones descoordinadas de las unidades de maniobra y sus apoyos de fuegos y de combate... De hecho, el Ejército ruso, habiendo fracasado en la ejecución de su «doctrina de maniobra» (llamada originalmente «batalla en profundidad») y creada en los años treinta, ha efectuado una regresión a una «doctrina de fuegos», empleada con poco éxito en el frente de Donetsk: esa doctrina necesita mucho personal, y el Ejército ruso no lo tiene.

Rusia ha «olvidado» las bases del combate interarmas y, consecuentemente, tendrá que «reaprenderlas». Y esto implica volver a pagar el precio (en bajas y en derrotas) que implica este costosísimo aprendizaje.

Por ello, la guerra de Ucrania es un excelente recordatorio de las consecuencias de perder la competencia en este tipo de combate. En realidad,

una de las misiones implícitas de los Ejércitos es precisamente la de preservar ese conocimiento adquirido a tan alto coste. Ninguna excusa es válida para dejar que se pierda la característica que nos proporciona, más que ninguna otra, nuestra actual superioridad militar. Y, siendo cierto que los ejercicios de combate interarmas son complejos y costosos, deben constituir una prioridad para nuestras Fuerzas Armadas. No tengo ninguna duda de que en Moscú hay mucha gente (de uniforme y de paisano) que se está arrepintiendo de pasadas decisiones que llevaron a la pérdida de esta capacidad.

Una de nuestras obligaciones principales no escritas (y muchas veces olvidada) es la de transmitir esta competencia del combate interarmas a nuestros sucesores en la institución. Aprendamos del caso ruso para no repetirlo.

NOTAS

1. Frieser, K.-H. (2013). *El mito de la blitzkrieg*. Editorial Salamina. Madrid.

BIBLIOGRAFÍA

- Bailey, J. (1997). *The First World War and the Birth of the Modern Style of Warfare*. Strategic and Combat Studies Institute. The Occasional Paper nº. 22. Londres.
- House, J.M. (1984). *Toward Combined Arms Warfare: A Survey of 20th Century Tactics, Doctrine, and Organization*. Fort Leavenworth: Combat Studies Institute. ■